

Es un bidón de pienso para mascotas, de metal esmaltado en blanco decorado con fotografías de gatos y perros, que hace tiempo que no he visto porque lo bajé meses atrás al trastero. Es sin embargo ese bidón el que está ahí y me fijo en que en lugar de los animales lo que hay es una larga cabellera rubia.

Bien porque lo rodeo, bien porque gira por sí sólo, la imagen se expande y, como encuadrada en una pantalla, me muestra un paisaje en el que sólo hay césped, muy verde y brillante, como cubierto de rocío.

(...), impecable, uniformada de los pies a la cabeza, calzada y con las piernas enfundadas en unas medias satinadas y demasiado gruesas; lleva la blusa perfectamente abotonada, hasta el cuello, y la chaqueta del uniforme — cruzada, en mi sueño, no tengo ni idea de cómo es en la actualidad el uniforme de Iberia — también está abrochada.

Tú, perfectamente trajeado también — en gris marengo, camisa blanca y corbata negra — y calzado, tumbado junto a ella, la besa muy, muy apasionadamente...

Ella, en un primer momento, justo cuando el bidón ha girado, tiene su mano derecha en tu nuca, mientras la besas, pero en seguida la retira y, con gesto perfectamente placido, posa sus dos manos sobre el vientre y se queda ahí tumbada, con los ojos cerrados, sonriente; se deja besar pero en actitud pasiva.

El lugar sobre el que estáis tumbados marca un declive muy suave y no veo más de qué hay alrededor porque ambos estáis como encuadrados, sobre el césped, en una pantalla.

(...) no emite sonido ninguno, en ningún momento; tú sí, tú gimes al mismo tiempo que te retiras y quedas tumbado, junto a ella, boca abajo sobre el césped.

Me despierto.

Me desperté con la sensación angustiosa que me causaron tus gemidos, pero volví a dormirme...

Luego, ya levantada, café con leche y cigarrillo en ristre, me doy cuenta de que no es jueves sino viernes, y echo de menos el que no hayas telefonado por la mañana.

Vuelvo sobre el sueño sin pensarlo y, de inmediato, sin tener que discurrir, entiendo que la clave está en el uniforme. En el uniforme perfectamente abotonado. Nunca, en la realidad, he visto a (...) de uniforme. Si la clave está en el uniforme el asunto es algo relacionado con aviones.

Vale. Ya tengo un dato.

Luego están tus gemidos, angustiándome.

Un avión, gemidos y angustia.

No hay que devanarse mucho los sesos: un accidente de avión.

No ha habido sin embargo ningún accidente de avión, o me habría enterado por la radio.

Siguen pasando las horas y tampoco telefoneas por la tarde; la radio continúa sin decir nada de ningún accidente...

Suena por fin el teléfono, pasadas las nueve de la noche.

Te cuento en seguida qué he soñado.

Noto que sonríes respondiendo que no; no avión. Una avioneta, un amigo tuyo con una avioneta, en algún lugar lejano.

Por fortuna tu amigo no se ha matado.

Como tu amigo no se ha matado, y aunque la historia diste mucho en sí misma de ser “divertida”, desaparece la tensión y me demoro, entonces, en plantearme determinadas... curiosidades.

A saber:

Lo que ha sucedido me es del todo ajeno; en un lugar lejano a alguien a quien en absoluto conozco.

De acuerdo, de todos modos. Se tienen algo así como “presentimientos”, a veces, de hechos o circunstancias de las que no se tiene noticia ni conocimiento previo.

Lo que me llama la atención es ese doble juego que juega mi mente dándome una información que se me ocurre denominar “encriptada”. Encriptada pero sirviéndose, al mismo tiempo, de símbolos reconocibles e interpretables por esa misma mente que es la mía, o por mi consciente.

Algo está sucediendo a velocidad vertiginosa mientras se sueña para que el inconsciente, habiendo elegido facilitar la información de forma tan indirecta (pude soñar una avioneta se ha caído, y la avioneta hubiese podido de verdad caerse o ser uno de tantos sueños sin sentido), proporcione simultáneamente los datos para desentrañarla.

La propia mente encripta e interpreta. La propia mente es algo así como el jugador y el crupier al mismo tiempo.

Así pues:

¿La persona que ignora lo que sabe, sabe al mismo tiempo lo que ignora?

¿La persona que encuentra respuesta para sus preguntas, está encontrando preguntas para sus respuestas?

¿Se es consciente, tal vez, de que tan sólo adquiere “ser” la pregunta cuando intuye que saldrá a su encuentro la respuesta?

¿Se es consciente de que la respuesta busca, quizás, su “ser” induciendo al inconsciente a formular la pregunta que espera?

¿Se es consciente de que lo que se pretende, a veces, aprehender desde fuera puede sencillamente dejarse aprender desde dentro?